

**CRÓNICAS DEL ESPECTADOR SABIO:  
*EL TEATRO ÁUREO Y LA ESCENA.*  
*HISTORIA, TRASGRESIÓN Y*  
**COMPLICIDAD DE FELIPE B. PEDRAZA  
JIMÉNEZ. BERRIOZAR. CENLIT. 2024****

Borja RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ  
*Sociedad Menéndez Pelayo*  
ORCID: 0000-0001-7447-8566

Con frecuencia se suele citar la frase de Jorge Luis Borges en la que se define a sí mismo como gran lector, antes que como gran escritor. Evidentemente, la sentencia no deja de ser una simpática mentira que tiene una considerable carga de falsa modestia, en el más puro estilo zorrillesco, como sabe todo buen lector de los *Recuerdos del tiempo viejo* (aunque de seguro el autor de *El Aleph* lo negaría indignado). Conviene aclarar aquí, por lo tanto, que el calificativo de «espectador sabio» que aparece en el título de esta reseña no es responsabilidad de Felipe Pedraza, sino de quien firma estas páginas. Sabio, porque pocos son los críticos con el nivel de lecturas y conocimientos y el número de trabajos sobre el teatro clásico como los que atesora y ostenta el catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha. Espectador, porque estos trabajos que conforman el volumen que analizamos tienen en común una decisión del autor: la de renunciar, al menos en parte, no es tan fácil dejar de ser lo que somos, a la condición de filólogo, de exégeta del texto, para contemplar el hecho teatral desde el patio de butacas, imaginado en algunos casos, real en muchos otros, ya que a lo largo de este volumen el espectador Pedraza nos habla con frecuencia de representaciones, de momentos temporales, únicos e

irrepetibles, en los que ha tomado parte como público. «No hay espectador que no sea crítico y cronista de lo que ve las tablas. Inevitablemente, ante cada representación se forma un juicio, y, con el tiempo, va tejiendo un concepto de la puesta en escena y elaborando una historia, puramente temporal, del arte de la representación. Como se trata de una realidad efímera, las impresiones, juicios e ideas que despiertan cada función se convierten en algo tan evanescente como los *recuerdos de un espectador*» (9).

Este libro nos ofrece una oportunidad de compartir los recuerdos de este espectador. Sabio espectador, me permito añadir, porque a la condición de público, de receptor, que toma parte en el acto de comunicación teatral, añade su profunda experiencia en ese papel indispensable del teatro y sus conocimientos, amplios, extensos, profundos de los textos teatrales, en su dimensión más filológica, y de la mecánica, en todas sus facetas, de las representaciones. Y además, este sabio espectador es un espectador con opinión, con un concepto propio y claro de lo que es el hecho teatral y las de los tres elementos que toman parte activa en el mismo: «la mejor escenificación es aquella que crea una intensa solidaridad y una placentera complicidad entre las estructuras literarias creadas por el poeta dramático, la forma de encarnar personajes, lances y palabras por los artistas teatrales (director, actores, escenógrafo, figurinista, luminotécnico...), y los gustos y sensibilidades del auditorio al que se dirige» (12). A lo largo del libro queda patente la presencia de estas ideas en las crónicas de Pedraza, su concepto del teatro como acto de comunicación, y el papel fundamental que en este acto tiene la participación del receptor, del público, para que esta comunicación se produzca. Ideas que no dejan de resultar polémicas, incluso molestas u ofensivas para quienes tienen otro concepto del teatro. El mismo Pedraza da fe de ello cuando presenta el capítulo: «Teatro y antiteatro: la ardua cuestión del público», que fue en origen, una conferencia en una sesión que, nos dice Pedraza, «tuvo algo de tormentosa. Mis argumentos despertaron la cólera de una parte de los asistentes [...] ofendieron a un sector minoritario, pero muy activo, del auditorio» (212). No cabe duda de que el tema era en esos momentos, 2001, polémico (quizás todavía lo es) y que Pedraza trata el tema con una

deliciosa ironía que hace las delicias del lector: lease, por favor, la narración (págs. 220 y 221) que se hace de las representaciones de dos obras de Jean Genet: *Estricta vigilancia* y *Las criadas*, de las que si no contáramos con la palabra del espectador, que estuvo presente en ambos, de que transcurrieron así, lo deberíamos considerar como una perfecta muestra de la literatura del absurdo.

Los diez textos que conforman el texto (artículos, capítulos de otras monografías, ponencias y conferencias) provienen de diferentes momentos temporales, remiten a otros elementos contextuales y fueron escritos con diferentes intenciones y en diferentes circunstancias. Por ello, llama la atención la unidad de criterio que se percibe en ellos, la existencia y persistencia de una visión amplia y alejada de prejuicios, de una comprensión de lo que rodea a la representación teatral, de sus componentes, de sus escollos, de su desarrollo y de sus consecuencias, que aparece a lo largo de este libro. No hay explicitado a través de un ensayo directo sobre el tema, de un capítulo específico, el modelo de representación teatral «correcta» de nuestros clásicos elaborada por este catedrático de Filología. Y no lo hay porque Felipe Pedraza no abandona en ningún momento a lo largo de las páginas de este libro su papel, asumido libre y voluntariamente de espectador. De receptor del mensaje que es la representación. No le corresponde al receptor enmendar la plana al emisor, lo que en el plano teatral sería sugerir o proponer una puesta alternativa, sino reflejar, registrar su propia recepción, analizarla y meditar sobre ella. Así estos «recuerdos de un espectador» que nos presenta Pedraza van presentando, van edificando otra cara de la historia teatral, quizá más que de la historia literaria del teatro.

Esta cualidad del espectador experto permite que el autor pueda situarse en un imaginario patio de butacas para hacer una historia de las adaptaciones teatrales de *La Celestina* (primer ensayo) que revisa desde el siglo XVI, o para hacer, en el segundo trabajo del volumen, un análisis de lo que fue la representación palaciega, allá por 1622, de *La gloria de Niquea* del Conde de Villamediana. Tras de un tercer trabajo sobre las comedias en las que aparece el personaje del Comendador (escasas, aunque ilustres), Pedraza dedica tres estudios a analizar la labor, en la representación del teatro clásico de tres importantes figuras: Adolfo Marsillach como director

de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, Ángel Facio (Los Goliardos) y Fernando Urdiales (Teatro Corsario). Viene después un interesante estudio, en apariencia menor en sus planteamientos iniciales, pero enjundioso para la reflexión del espectador, sobre las diversas soluciones que se han dado en la actualidad a una secuencia «incómoda» desde el punto de vista actual, pero muy lógica, desde el barroco, de *La vida es sueño*. Termina el volumen con unas reflexiones sobre la influencia en la puesta en escena a lo largo de los años y los siglos de elementos como la censura, el antiteatro y el rechazo al público (delicioso ensayo) y un análisis (puesto muy correctamente al final del texto) de las diferentes formas en las que puede llevarse a las tablas un texto clásico. El título de este capítulo final, «La escenificación de los clásicos: de la trasgresión a la complicidad» remite al subtítulo del volumen y de esta manera corrobora y completa esa sensación de unidad de doctrina, de concepto estructurado y completo de lo que es la escenificación, la representación, el hecho teatral en conjunto, la presencia en ese hecho teatral del receptor/espectador y la respuesta, meditada y consciente, de este espectador sabio que podemos conocer y, quizás, compartir a lo largo de las páginas de este libro.